

BRASIL Y ÁFRICA EN LOS NOVENTA: DE LA DIVERSIFICACIÓN A LA SELECTIVIDAD*

por Gladys Lechini de Álvarez**

Introducción

La intención de este trabajo es reflexionar sobre las relaciones de Brasil con los estados africanos –con especial referencia a la región del África Austral y, en particular, Sudáfrica– durante la década del noventa, mostrando el descenso del perfil de la política africana de Brasil y su transformación en un “africanismo selectivo”.

Con tal propósito, en primer lugar, se harán referencias generales a la política africana de Brasil desde la década del sesenta –momento caracterizado por el florecimiento del proceso de descolonización de los países del África Subsahariana y su consiguiente acceso a la independencia– hasta finales de los años ochenta –cuando declina la presencia brasileña en África. De este período, considerado “los años dorados” de la política africana de Brasil, se destacarán las acciones brasileñas en las dimensiones político-diplomática, estratégico-militar, económico-financiera y cultural, con especial atención a la región del África Austral. El corte histórico tiene su base de explicación en los cambios operados a nivel sistémico que afectaron profundamente a las regiones latinoamericana y africana, provocando modificaciones sustanciales en los patrones de conducta de Brasil tanto en los ámbitos interno como internacional. Estos treinta años, sin embargo, muestran varia-

* Este trabajo es parte de un proyecto más ambicioso que surgió de estudios previos sobre las relaciones argentino-africanas y las permanentes comparaciones entre lo que Brasil hizo en África y las oportunidades perdidas por Argentina.

** Licenciada en Ciencia Política y Licenciada en Relaciones Internacionales (U.N.R.) y Magister en Ciencias Sociales (FLACSO-Argentina). Profesora Titular de Relaciones Internacionales en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales (U.N.R.) e Investigadora del CONICET. Directora de la Escuela de Relaciones Internacionales (U.N.R.) y Directora de Proyectos del Centro de Estudios en Relaciones Internacionales de Rosario. E-mail: lechini@fcpolit.unr.edu.ar

ciones. En efecto, desde 1961 con la presidencia de Janio Quadros –con un hiato después de los dos primeros gobiernos militares– hasta mediados de la década del ochenta es la etapa de mayor acercamiento hacia el continente africano, pero luego se inicia la reducción de la presencia africana en la agenda de la política exterior brasileña.

Posteriormente se avanzará en el análisis de la década del noventa. En el estudio de este período –a los fines del presente trabajo– me ocuparé de los aspectos político-diplomáticos de las relaciones bilaterales Brasil-África (discurso y acciones) para mostrar cómo, en función de las variaciones en las prioridades de la política exterior brasileña y los cambios en la situación africana, se pasa de una “política africana general” a un “africanismo selectivo”. El llamado “afropesimismo” se extendió así tanto en la diplomacia brasileña como en los hombres de negocios llevando a opciones muy selectivas en el continente africano.

Las relaciones de Brasil con los estados africanos (1960-1990)

Durante 25 años, Brasil diseñó una política africana con un fuerte componente estatal. Una conjunción variable de factores internos e internacionales, de naturaleza política, económica y cultural contribuyeron al diseño de una estrategia africana, que fue creciendo y variando de matices por más de dos décadas. Durante este período, la política exterior de Brasil apuntó a una inserción exitosa del Estado en el sistema internacional sobre la base de un desarrollo económico autosostenido. Y en este marco se ubican las relaciones con los nuevos estados africanos. Como menciona Altemani (1987: 11) “[...] no se puede afirmar que el objetivo final de la política africana brasileña sea la obtención de nuevos mercados, ni que su inspiración sea básicamente de naturaleza política. Los dos aspectos derivan de una estrategia más amplia, o sea, de un proyecto de redefinición de la inserción del país en el sistema internacional”.

Desde la *perspectiva política*, el acercamiento a los nuevos estados africanos fue una cuestión de principios vinculados al desarrollo de la solidaridad entre los países “del sur” para generar una masa crítica a favor de reivindicaciones comunes. Pero también primó la idea de asegurar una presencia internacional que aumentase la capacidad de influencia del país en cuestiones globales, a partir de una mayor diversificación de sus relaciones externas y de alianzas con los nuevos estados del sur, tanto políticas como económicas (por ejemplo, en la armonización de políticas de comercialización de

materias primas). Tal es así que para finales del gobierno de Figueiredo se mantenían relaciones diplomáticas con 43 de los 52 países africanos, con 21 embajadas brasileñas residentes en África y con 13 embajadas de países africanos en Brasilia (Altemani, 1987: 221).

El principal agente que contribuyó al diseño e implementación de esta política fue el Ministerio de Relaciones Exteriores (Altemani, 1987: 6) conjuntamente con la Presidencia de la República, aunque también hubo participación variable de la corporación militar, así como contribuciones de empresarios, parlamentarios y académicos. Sin embargo, fue Itamaraty quien le dio continuidad y sustento al acercamiento a los países africanos, más allá del sesgo que le imprimieron los gobiernos democráticos y militares. Aunque no fue una política selectiva, algunas sub-regiones aparecen con más relevancia: África del Norte, África negra Atlántica –Nigeria–, Sudáfrica y, posteriormente, el África de lengua oficial portuguesa.

Para Sombra Saraiva (1996: 88) Brasil tuvo, en verdad, dos políticas africanas. Había una política general de aproximación al continente, especialmente para África negra Atlántica, sustentada inicialmente en la solidaridad política con el proceso de descolonización y posteriormente en las posibilidades comerciales a mediano y largo plazo. Y había una segunda política, más específica, de admitir la continuación del colonialismo para el caso de las colonias portuguesas en África.

La ambigüedad en la política africana fue el producto de la diferencia entre los principios y los intereses concretos en la materia. Hubo ambigüedad en las relaciones con Sudáfrica, pues las oscilaciones de Brasil traducían intereses. Y hubo ambigüedad con las colonias portuguesas en África, pues Itamaraty desplegaba más de una visión acerca del asunto colonial en función de sus relaciones con Lisboa.

Aunque los objetivos políticos precedieron a los económicos, *la dimensión comercial* no estuvo ausente de las estrategias de acercamiento a los países africanos y, en muchas instancias, fue el aspecto más visible. Por un lado, África aparecía –hacia los años setenta– como un mercado potencial para la expansión de algunos intereses económicos en el marco de la cooperación sur-sur naciente. Por otro, la vulnerabilidad energética brasileña contribuyó a alentar el acercamiento de Brasil a los estados africanos productores de petróleo.

El Departamento de Promoción Comercial de Itamaraty fue un instrumento relevante en la ampliación del comercio Brasil-África pero su importancia varió según los países, siendo su actividad remarcable en Angola y Nigeria. En tanto, en 1978 la Cámara de Comercio Afro-brasileña tenía registradas 243 compañías brasileñas vinculadas con África (Sombra Saraiva,

1996: 155). La creación de esta cámara, sin embargo, puede ser interpretada no sólo como un instrumento para hacer negocios con los estados del otro lado del Atlántico sino también como una herramienta para respaldar la política africana de Itamaraty.

La estrategia de inserción internacional de Brasil se caracterizó así por la diversificación de sus relaciones interestatales y una mayor integración a la economía mundial (Altemani, 1987: 107). La idea subyacente era proyectar la imagen de un poder tropical e industrial, que un día fuera colonia, y convencer a los estados africanos que las relaciones históricas de Brasil con Portugal no inhibirían el desarrollo de relaciones con África.

También la *dimensión de seguridad* tuvo un lugar en la “política externa independiente” de Brasil: la presencia brasileña en la costa atlántica de África podría contrabalancear la influencia soviética en la región y sería una oportunidad única para que Brasil ocupase el vacío dejado por las potencias coloniales (Sombra Saraiva, 1996: 65). En efecto, con el golpe de Estado de 1964 llegó a Brasilia el énfasis en la dimensión geopolítica del Atlántico con la particular visión de la corporación militar y, especialmente, de la marina. Reapareció así el enfoque regional hacia el Atlántico blanco –Sudáfrica y las colonias portuguesas–, pues África negra era considerada vulnerable a la influencia comunista. Asimismo, prendió la idea de la comunidad afro-luso-brasileña (con las entonces colonias portuguesas en África) en el marco de la cual se incrementaría el poder de Brasil. Pero esta etapa duró tanto como el gobierno de Castello Branco. Con Costa e Silva, Itamaraty volvió a conducir los objetivos de “la diplomacia de la prosperidad” que pusieron el acento en concretar las aspiraciones nacionalistas en torno al desarrollo autocentrado. Así, las percepciones geopolíticas fueron redireccionadas hacia el mantenimiento de la influencia brasileña en el Atlántico por medios políticos pacíficos –sin interferencia de poderes externos y sin pactos de seguridad colectivos– y por medios económicos – el comercio y los intereses.

Para Sombra Saraiva (1996: 89), la proyección de una imagen de Brasil en África que facilitase los contactos comerciales, políticos y culturales fue un aspecto primordial en la formulación de la política africana de Brasil. Esta imagen tomó forma a partir de la utilización de un *discurso culturalista* que enfatizaba la identidad de Brasil con África, es decir, la familiaridad y la historia común a ambos lados del Atlántico. Para el autor, la relevancia simbólica de este discurso es importante para la comprensión de acciones y decisiones y para la explicación de ciertas elecciones y cambios estratégicos. Sin embargo, este discurso de base culturalista convivió, por períodos, junto a otro que enfatizaba los vínculos que unían a brasileños y portugueses y sus

provincias de ultramar. Esto se reflejó tanto en la idea de una comunidad afro-luso-brasileña como en la posterior creación de la Comunidad de Países de Lengua Portuguesa.

Asimismo, nótese que esta retórica de la *africanidad brasileña* tuvo una dimensión externa y una interna. Externamente, Brasil se presentaba como un país occidental africanizado, como la mayor nación africana fuera de África. Internamente la sociedad brasileña presentaba contradicciones, no otorgándole un lugar muy claro a las desorganizadas comunidades afro-brasileñas que reclamaban por la discriminación interna. Esto motivó las críticas de los países africanos que sostenían que la tan mentada miscigenación racial no había creado equidad racial.

Brasil y el África Austral

Con respecto al África Austral, durante “los años dorados” Brasil tuvo que resolver dos dilemas en la región: su relación con las colonias portuguesas, en particular *Angola*, y su relación con *Sudáfrica*.

Luego de un período ambiguo, donde Brasil se debate entre las presiones internas de la comunidad portuguesa y externas de Lisboa —para no apoyar el proceso de descolonización de las entonces colonias portuguesas— y las demandas internas de grupos “pro África” y externas de los países africanos y árabes —para tomar posiciones a favor—, Itamaraty definió, no sin problemas internos, el reconocimiento de la independencia de Angola y de las otras colonias. Se rompió así un ciclo de alineamiento automático con la posición de Portugal en África, iniciándose una relación privilegiada con la Angola independiente.

En cuanto a Sudáfrica, Itamaraty también mantuvo una política ambigua, tratando de separar sus relaciones con el África negra de sus tradicionales vínculos con Pretoria. En un primer momento, evitó expedirse en torno a la discriminación racial en Sudáfrica; pero a medida que la cuestión se profundizaba y tomaba un espacio propio en Naciones Unidas, la diplomacia brasileña utilizó los más variados caminos para no comprometer sus intereses con sus principios. En efecto, a pesar de un discurso que apoyaba en muchas oportunidades a la mayoría en contra del gobierno racista, Brasil mantuvo con Sudáfrica relaciones bilaterales y un importante comercio (Sudáfrica figuraba entre los tres principales socios africanos y Brasil había recibido notables inversiones sudafricanas en el área minera, en especial para la extracción industrial de oro). Sin embargo, Brasil aceptó las propuestas de sanciones y embargos de Naciones Unidas aunque sin romper relaciones diplomáticas con Sudáfrica, utilizando para ello el argumento jurídico de

no intervención en los asuntos internos de otro Estado y sosteniendo que las sanciones perjudicarían a la misma población que se pretendía ayudar.

A partir de 1986, los compromisos estratégicos en el Atlántico Sur quedaron enmarcados con la creación de la Zona de Paz y Cooperación del Atlántico Sur, aunque ésta excluía a Sudáfrica. Esta situación dual fue finalmente resuelta en 1994 con su incorporación –luego de las elecciones democráticas y el ascenso de un gobierno multirracial– al proceso de cooperación.

La década de los 90

Ya a partir del segundo quinquenio de la década del '80 se produjo un descenso del perfil de África en las prioridades externas de Brasil. Entre otros factores, influyeron variables internas de naturaleza económico-financiera vinculadas al modelo de desarrollo económico y a las modalidades de inserción internacional. Éstas incidieron en una relativa pérdida de influencia de Itamaraty en el diseño de la política exterior, ya que la cuestión central era la negociación de la deuda externa llevada adelante por el Ministerio de Hacienda –aunque curiosamente fue un Embajador, Jorio Daulster, el principal negociador. Asimismo, los cambios a nivel del sistema internacional (fin de la Guerra Fría y triunfo del modelo de economía liberal) y problemas económicos internos (tanto africanos como latinoamericanos) provocaron en Brasil el descenso del perfil de África.

Estos cambios afectaron el rol del Estado: las fuerzas del mercado comenzaron a ejercer mayores condicionalidades sobre las decisiones, y las empresas dejaron de estar “protegidas” por el Estado. La política exterior adquirió un perfil más “economicista”; en efecto, se modificó la naturaleza del proceso decisorio pues las decisiones de política exterior pasaron a depender cada vez más del escenario económico-financiero mundial, siendo el Ministerio de Hacienda un marco de referencia obligado.

A este escenario se debe agregar el llamado “costo África” –esto es, los condicionantes macroeconómicos que influyeron en la situación africana y la recurrente inestabilidad política y económica de la mayoría de los países africanos– que debilitó el interés por el continente, alejando a los países africanos de las rutas de los capitales privados. De los sueños cooperativos se pasó así al “afropesimismo”, con una disminución de los diplomáticos en África y un descenso del comercio por problemas de convertibilidad de las monedas, dificultades en las formas de pago y un dato no menor: los países africanos dejaron de pagar sus deudas a Brasil.

Entonces, ¿existe una política africana en los años noventa? La política africana persiste pero de manera selectiva, con prioridades y objetivos que

se pretenden precisar en función de las necesidades internas y del “proyecto de país”. A pesar de la utilización de un “discurso africano”¹, las relaciones bilaterales fueron selectivas, es decir, con aquellos países en condiciones de responder a las necesidades brasileñas e incluyendo la idea de cooperación entre asociaciones regionales sólo cuando fue políticamente necesario.

De esta manera, las opciones que Brasil viene haciendo en el continente africano evidencian la permanencia de una política africana recortando el enfoque a pocos países y temas: importancia creciente de Sudáfrica y Angola, de la cooperación con los países de la SADC (Comunidad para el Desarrollo del África Austral) —en algunos casos específicos bajo el paraguas del MERCOSUR—, de la CPLP (Comunidad de Países de Lengua Portuguesa), y de la ZPCAS (Zona de Paz y Cooperación del Atlántico Sur). De modo que, si bien el discurso culturalista de las raíces africanas de Brasil todavía sigue siendo utilizado por algunos políticos, la cooperación sur-sur naciente se transforma en “parcerías estratégicas”².

Los viajes presidenciales y las visitas de alto nivel muestran la dirección de las opciones. En setiembre de 1991, Collor de Mello visitó 4 países del África Austral: Namibia, Angola, Mozambique y Zimbabwe. El Ministro de Relaciones Exteriores de Itamar Franco, Celso Amorín, asistió a la toma de posesión del presidente Mandela. El presidente Cardoso visitó Sudáfrica en noviembre de 1996 (y también Angola) y su viaje contó con una apoyatura diplomática, comercial y académica notable. En tanto, el Ministro de Relaciones Exteriores de Cardoso, Luiz Lampreia, visitó Sudáfrica en tres oportunidades (1995, 1996 y 2000).

Por su parte, en 1991 Mandela visitó Brasil durante una gira por algunos países latinoamericanos para promover la lucha antiapartheid³. En setiembre de 1997, en el marco de un proceso de reinserción en el mundo de la nueva Sudáfrica democrática, el vicepresidente Thabo Mbeki viajó a

¹ En 1996, el Embajador Luiz F. Lampreia anunció a los embajadores africanos: “Nuestro compromiso con las relaciones Brasil-África es firme. África es un espacio privilegiado e insustituible de la diplomacia brasileña”, Discurso del Ministro de Relaciones Exteriores, en ocasión del almuerzo que le ofrecen los embajadores africanos acreditados en el Gobierno brasileño, Brasilia, 2 de mayo de 1996 (<http://www.mre.gov.br/sei/Africa1.htm>).

² Exposición del Embajador Luiz F. Lampreia, Ministro de Relaciones Exteriores, en el X *Forum Nacional “As Perspectivas da Situação Mundial e a Política Externa do Brasil”*, Rio de Janeiro, 12 de mayo de 1998, pág. 10, documento <http://www.mre.gov.br/sei/disforum/htm>.

³ A pesar del interés del presidente Menem de recibirlo en Argentina, en medio de las negociaciones por el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Sudáfrica —o quizás por esto mismo—, el líder antiapartheid no visitó Buenos Aires.

Brasilia y Buenos Aires. En tanto, en 1998 el presidente Mandela volvió a Sudamérica, visitando Brasilia, Buenos Aires y asistiendo a la cumbre presidencial del MERCOSUR en Ushuaia.

Asimismo, durante 1999 el presidente de Zimbabwe, Robert Mugabe, visitó Brasilia y Buenos Aires, y el presidente de Namibia, Sam Nujoma, Brasilia, siendo su tercera visita a este país (las anteriores fueron en 1987 y 1995). También merece destacarse la asidua presencia del presidente de Angola, José Eduardo dos Santos, en Brasil.

En cuanto a las acciones multilaterales, Brasil participó de dos operaciones de mantenimiento de la Paz en África —en Angola (UNAVEM II y III) y en Mozambique (ONUMOZ)—, revitalizó con nuevos objetivos e impulso la ZPCAS, y participa de la Comunidad de Países de Lengua Portuguesa creada en 1996 como un mecanismo de cooperación que involucra a los países lusoparlantes.

Ahora bien, ¿en qué contexto se produce esta declinación y selección? Con Collor de Mello se inició un proceso de modernización liberal que apuntaba a reforzar los lazos con el Primer Mundo y acercarse a América Latina (firma del Tratado de Asunción, el 26 de marzo de 1991). En ese marco, África tenía un lugar muy reducido. Para algunos analistas brasileños, el MERCOSUR parecía sustituir, en cierta forma, el sentido estratégico-económico que las relaciones con África habían tenido durante las décadas del setenta y ochenta (Sombra Saraiva, 1996: 223).

Con Itamar Franco el neoliberalismo se atenúa, volviéndose a conceptos vinculados al desarrollo nacional y a la profundización de las “parcerías estratégicas” en el marco de un intenso debate entre “nacionalistas” y “neoliberales” sobre la dirección de la política brasileña. Citando a Amorín, “La política exterior del gobierno de Itamar Franco se dedicó a la generación de condiciones favorables al desarrollo nacional: idea del ALCSA (Asociación de Libre Comercio de Sudamérica), relanzar el debate internacional sobre desarrollo, participar en todas las conferencias dedicadas a los llamados temas globales, y fortalecer a Brasil como factor de estabilidad y paz en la región y en el mundo”⁴.

Bajo su gobierno, hay una vuelta tímida a la política africana, pero ya se percibe la selectividad: se van a priorizar los países africanos de lengua oficial portuguesa y la región del África Austral, con eje en una Sudáfrica ahora democrática y multirracial. Citando a Cardoso, primer Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Franco, era “... preciso ampliar el debate sobre la política

⁴ Amorín, Celso, “Crescimento, democracia e paz”, en *Folha de Sao Paulo*, 18 de diciembre de 1994

exterior brasileña, no sólo en cuanto a sus participantes, pero sobre todo, en cuanto a su objeto. La discusión, en suma, debe dejar lo táctico y lo reactivo, definidos por el horizonte temporal del corto plazo, y volcarse a lo estratégico y prospectivo, que se refieren al largo plazo. [...] La nueva coyuntura internacional [...] estimula el pluralismo de socios y de modelos económicos. Las políticas externas [...] pasan a buscar ser la expresión fiel de la multiplicidad de intereses nacionales en las diversas áreas de la convivencia internacional”⁵.

En este marco de redefiniciones, surgieron algunas críticas provenientes tanto del interior de Itamaraty —principalmente del embajador Italo Zappa— como de algunos empresarios, académicos y embajadores africanos acreditados en Brasilia. Éstas se centraban en comentarios emitidos por el ministro Cardoso al considerar que la política africana de los años ochenta había sido un error y que, en el reordenamiento de las embajadas para adaptarlas a los nuevos tiempos, algunas sedes en África deberían cerrarse. A raíz de estas críticas Cardoso debió retractarse, y en un artículo donde elabora un discurso de revalorización del África comienza a marcar la selectividad: “En África, nuestra presencia asume rasgos de tradición, de la cual no podemos recular sin arruinar el inestimable capital de buena voluntad acumulado en esa región. [...] Hace 18 años hicimos una opción clara por África y esta opción no ha sido ni debe ser desvirtuada. [...] Ningún interés remotamente hegemónico orientó la formulación de la política brasileña para África. [...] La ausencia de paternalismo en nuestra cooperación con África contrasta nítidamente con los diversos intereses internacionales que han contribuido para perpetuar el verticalismo de las relaciones de los países africanos con el mundo desarrollado. [...] Supimos mantener en el continente vecino, una línea política consistente. La dimensión africana de la política externa brasileña ha sido de una continuidad admirable, a pesar de las conocidas dificultades internas para obtener financiamientos y otros medios operacionales. [...] Las acciones más recientes de la diplomacia brasileña demuestran que continúa viva la atención que le otorgamos al África. Basta mencionar el papel de protagonista que legítimamente Brasil viene desempeñando en asuntos relacionados con dos países de lengua oficial portuguesa: Angola y Mozambique. [...] La política africana de Brasil ya llegó a una edad adulta y sabrá adaptarse a las variaciones de un contexto internacional que presenta una carga inédita de desafío y oportunidad. Adaptación no significa retroceso, más sí profundización — desde la reflexión a partir de la cual nos habilitan la continuidad y maduración de nuestra experiencia en aquel continente”⁶.

⁵ Cardoso, Fernando H., “Riscos e oportunidades”, en *Jornal do Brasil*, 12 de enero de 1993

⁶ Cardoso, Fernando H., “A África e o Brasil”, en *Jornal do Brasil*, 18 de marzo de 1993

En esta misma línea se mantuvo el segundo canciller de Franco, Celso Amorín, quien afirmó: "... hemos procurado imprimir un enfoque tanto moderno cuanto realista en nuestras relaciones con el continente africano. Durante mucho tiempo, esas relaciones respondieron apenas a las exigencias de la historia y a un impulso generoso no siempre bien focalizado con relación a naciones que poseen con nosotros fuertes afinidades étnicas y culturales. La idea de la institucionalización de la CPLP muestra la prioridad que siempre atribuimos al continente africano [...] y un nuevo espacio de concertación política. [...] A partir del eje geográfico que nos une, el Atlántico Sur, la diplomacia brasileña pretende conferir atención especial a los demás países que conforman la llamada África Meridional, donde se encuentran los mayores recursos naturales del continente, una bien dotada infraestructura de servicios y una significativa concentración de los intereses económicos, comerciales y financieros..."⁷.

Con respecto a Sudáfrica, durante este período y en función de los avances en el proceso interno sudafricano se comenzó a replantear el vínculo con Pretoria en relación con las potencialidades de cooperación, pero sin abandonar los compromisos con África negra. Si bien durante el apartheid sudafricano el gobierno brasileño no dejó de manifestar su repulsa por el sistema racista⁸, nunca realmente impidió que existiesen relaciones diplomáticas y comerciales con Pretoria, aunque obviamente éstas no evolucionaron de acuerdo a las potencialidades.

El 29 de agosto de 1985, el gobierno de Sarney —por el decreto 91.524— había prohibido los contactos culturales, artísticos y deportivos, manteniendo los embargos de la ONU en cuanto a venta de petróleo y derivados, armas y materiales afines. Sin embargo, a raíz de la abolición de las leyes racistas, el gobierno brasileño decidió revocar en enero de 1992 el artículo 1 del mencionado decreto —que prohibía el intercambio cultural, artístico y deportivo—, dejando vigentes las otras prohibiciones. La respuesta de Sudáfrica, en septiembre de 1993, fue la supresión de la exigencia de visas para los ciudadanos brasileños. Esto demostró el gran interés de Brasil en profundizar las relaciones con Sudáfrica para cuando se produjesen los

⁷ Amorín, Celso, "O Brasil e a África", en *Jornal do Brasil*, 2 de febrero de 1994

⁸ Según palabras del segundo Ministro de Relaciones Exteriores de Franco, "Brasil siempre apoyó la lucha de la gran nación sudafricana [...]". Ver Celso Amorín, "África da boa esperança", en *Jornal do Brasil*, 13 de junio de 1994. A pesar de ello, si bien el propio ministro asistió a la ceremonia de asunción del presidente electo Mandela, el gobierno brasileño debió enfrentar algunas críticas por la ausencia del presidente Franco, argumentándose que su presencia hubiera servido para despejar algunas dudas respecto a la posición brasileña tibia durante el apartheid.

cambios. Para Celso Amorín, primer canciller brasileño en visitar Sudáfrica, “[Brasil] Ahora se apresta a contribuir para la re inserción del país en la comunidad internacional, estableciendo con él relaciones especiales de amistad y cooperación [...] como consecuencia natural de sus similitudes y complementariedades. [...] En el plano bilateral, la nueva asociación traerá aparejado un aumento del comercio, de las inversiones recíprocas y de la cooperación en las diversas áreas, en especial agricultura, ingeniería civil, minería, sector eléctrico-comercial y fuentes alternativas de energía. [...] La cooperación política también se perfila como importante teniendo en consideración el peso específico de la posición sudafricana en los mercados mundiales; su condición de eje con fuerza centrípeta dentro de África, su potencial liderazgo en la solución de cuestiones continentales [...] En el plano estratégico, como principal eje en la integración económica del África Austral y como centro de operaciones triangulares de inversiones en terceros países, Sudáfrica representa para Brasil una nueva vía de acceso para los países mediterráneos del subcontinente, entre los cuales interesan Zimbabue y Zambia. [...] También constituye una alternativa más de aproximación con Namibia, Angola y Mozambique. [...] También por su posición geográfica se torna un importante puente de acceso al Índico y a los países de la cuenca del Pacífico...”⁹.

Fue también durante el gobierno de Itamar Franco que se pergeñó la idea de una Comunidad de Países de Lengua Portuguesa (CPLP), asociando a Brasil, Portugal y las ex-colonias portuguesas en África. Y aunque el canciller Cardoso no estuviera muy de acuerdo con la idea del embajador brasileño en Portugal, José Aparecido de Oliveira, debió avanzar en las negociaciones con los Países Africanos de Lengua Oficial Portuguesa (PALOPS: Guinea Bissau, Cabo Verde, Sao Tomé e Príncipe, Angola y Mozambique), justificándose así: “Para tornar eficaces los instrumentos de nuestra actuación diplomática en África estamos obligados a utilizarlos de manera diferenciada, respetando la diversidad étnica, cultural e histórica del conjunto de naciones africanas, [...] según criterios que tienen en cuenta la identidad lingüística y la naturaleza de sus lazos con la ex metrópolis. Por eso el espacio privilegiado a los PALOPS en nuestra atención al continente africano. Esta iniciativa del presidente Itamar Franco confirma la diversidad de opciones de nuestra diplomacia dentro de su tradición universalista. Foros y mecanismos de cooperación no son por tanto excluyentes, y sí complementarios. No hay incompatibilidad entre el estímulo político a la cooperación que deriva de la identidad común forjada en la lengua y la cultura y, por otro lado, las

⁹ Amorín, Celso, “África da boa esperança”, en *Jornal do Brasil*, 13 de junio de 1994

obligaciones económicas y comerciales provenientes de las vinculaciones con otras agrupaciones”¹⁰.

Es de destacar que entre estos países figuran Angola y Mozambique. Angola era considerada un área estratégica para la ampliación de los intereses de Brasil en África, puesto que posee grandes reservas de diamantes y petróleo (la PetroBras participa de la exploración con otros grupos extranjeros y la empresa Odebrecht ha desarrollado importantes iniciativas). En tanto, Mozambique recibió en julio de 1994 la primera tropa brasileña de paz para participar en ONUMOZ, autorizada por el presidente Franco a un costo aproximado de 40 millones de dólares. Al decir del entonces representante permanente ante Naciones Unidas, Ronaldo Mota Sardenberg, “Brasil ejerció un papel de particular relevancia en las discusiones sobre Angola y Mozambique. Las posiciones brasileñas, en línea con los profundos lazos históricos que nos ligan a esos dos países, fueron centrales para que el Consejo de Seguridad llegase a decisiones de acuerdo con sus realidades y con los intereses de paz y democracia”¹¹.

Con la presidencia de Cardoso se sustituye finalmente la tradicional visión “desarrollista” de la política exterior brasileña por un nuevo ideario neoliberal, no sin críticas de los ahora en minoría sectores “nacionalistas” quienes representan una tendencia en baja junto a los valores ligados a la defensa del Estado-empresario —entre ellos, el arraigado proteccionismo económico. El nuevo presidente, a imagen de Collor de Mello, planeó aproximar el país al mundo desarrollado. La óptica del Tercer Mundo fue vista como una tendencia difunta. Asimismo, anunció su intención de involucrarse personalmente con la política exterior, inaugurando un período que es calificado como de “diplomacia presidencialista”.

Ya en una entrevista, realizada por Carlos Eduardo Lins da Silva y Clovis Rossi al entonces presidente electo, Cardoso consideraba “[...] sepultada la era de conflictos por pequeñeces con los Estados Unidos” e inauguraba un nuevo momento que bautizó de “conflictos modernos”. Consideraba como un problema de la política exterior de Brasil su falta de vinculación con las fuerzas nacionales, las empresas y los sindicatos. “Hay que repensar el Estado en función de una sociedad civil que consiguió organizarse más. ... En Itamaraty hay un poco de la visión antigua, de que sus asuntos son de Estado; hoy todos los asuntos son de la nación, de la sociedad”¹².

¹⁰ Cardoso, Fernando H., “O Brasil e a lusofonia”, en *Jornal do Brasil*, 25 de abril de 1993

¹¹ Sardenberg, Ronaldo Mota, “A diplomacia brasileira tem participação ativa na ONU”, en *Folha de Sao Paulo*, 18 de diciembre de 1994

¹² Lins Da Silva, Carlos Eduardo y Rossi, Clovis, “Entrevista a F. H. Cardoso”, en *Folha de Sao Paulo*, 18 de diciembre de 1994

Entre las prioridades de la nueva administración no aparece África, sólo algunos estados son mencionados tangencialmente y mostrando elecciones precisas. Para uno de los más prominentes diplomáticos de la era Cardoso, "... debemos tener presente que la evolución positiva de la situación sudafricana abre un nuevo panorama para nuestro diálogo con África Austral. Sudáfrica bajo una democracia multirracial y Angola pacificada, pasan a ser socios de gran importancia para Brasil. La ZPCAS puede ser el eje de una relación con el continente"¹³.

Pero África está ahora ausente en los discursos sobre política exterior y en las prioridades externas de Brasil. Sin embargo, habida cuenta de la historia de las relaciones Brasil-África, sí hay referencias en coyunturas específicas; por ejemplo, cuando los embajadores africanos se reúnen en Brasilia para conmemorar el día de África (25 de mayo, fecha de creación de la Organización de la Unidad Africana) o durante visitas presidenciales o ministeriales recíprocas. De la lectura de los discursos puede deducirse el avance de la selectividad, una importante distancia entre el discurso y las acciones, la continuación de la utilización del discurso culturalista y una apelación al compromiso de sectores privados en las relaciones brasileño-africanas.

Lo antedicho se nota claramente en las posiciones tomadas por el Ministro de Relaciones Exteriores del presidente Cardoso, Luiz Lampreia, durante 1996: "... África es un espacio privilegiado e insustituible de la diplomacia brasileña. Somos un actor global de las relaciones internacionales y tenemos presencia sólida en África —de las más sólidas entre los países en desarrollo fuera de la región— y una agenda intensa para el continente, siendo ejemplar nuestra participación en UNAVEM III. [...] Estamos dotando más adecuadamente algunas de nuestras misiones diplomáticas en África, reestructurando las concurrencias para darles mayor eficiencia y estableciendo relaciones diplomáticas con 7 países africanos con los cuales aún no habíamos tenido relaciones o intercambiado misiones diplomáticas. [...] Nos estamos aproximando a la OUA con la determinación de acompañar más de cerca la realidad política y la cooperación del continente y conocer mejor las formas de interacción regional y subregional. [...] Participamos de la reunión de la SADC, cuya evolución acompañamos con toda atención en vistas de la posibilidad futura, pero real, de establecer lazos concretos de intercambio y compromisos de liberalización comercial entre MERCOSUR y SADC. [...] Estamos presentes en Angola, Mozambique, Sudáfrica y

¹³ De Lima, Paulo Tarso Flecha, "O mundo a espera do Brasil", en *Jornal do Brasil*, 1 de enero de 1995

Namibia, explorando todas las posibilidades de cooperación...”¹⁴. “Una política africana de resultados en los planos político, económico y de cooperación parte de los muchos elementos de identidad entre Brasil y África y de la contribución cultural y étnica del continente africano en nuestra formación como nación soberana e independiente –para no hablar de la riqueza material creada por el trabajo africano. También compartimos con los países africanos intereses propios del mundo en desarrollo en las áreas económica, social, ambiental y hasta política. [...] Nuestra acción diplomática expresó eso con hechos: Visité Sudáfrica. Fui a Mozambique para la reunión de CPLP. Recibimos a los presidentes de Namibia y Angola, y a los cancilleres de Mozambique, Sudáfrica, Namibia y Kenya. El diálogo con los países africanos de lengua portuguesa es intenso. Lo mismo con Namibia y Sudáfrica. [...] A través de la Agencia Brasileña de Cooperación y con participación de entidades del sector privado brasileño estamos empeñados en promover una cooperación más activa con algunos países. Hemos dado cooperación a los países africanos en la medida de nuestras posibilidades, las cuales, francamente, difieren mucho de las que prevalecieron en la década del ‘70 y principios de los ‘80, cuando hubo condiciones objetivas de ofrecer créditos subsidiados a varios países africanos. Hoy las condiciones son otras, en Brasil y en África. Es preciso trabajar con esa realidad. [...] Queremos asociaciones que comprometan a los dos lados en un esfuerzo común, creativo, para desarrollar las relaciones; asociaciones que movilicen a los gobiernos y a los agentes económicos de los dos lados, porque las relaciones internacionales de hoy comportan necesariamente una fuerte dosis de iniciativa privada. Asociaciones que tomen en cuenta las oportunidades reales de cooperación e intercambio, que actúen con realismo –sin generar expectativas exageradas–, y que se centren en algunas iniciativas de mayor visibilidad y efecto multiplicador”¹⁵.

A pesar del discurso prometedor del ministro Lampreia, Brasil tiene grandes dificultades para montar una política consistente y objetiva para África. Una diplomacia como la brasileña, volcada básicamente a los aspectos económicos de las relaciones entre los pueblos, encuentra pocas oportunidades de desarrollo en un ambiente como el africano, aunque los nichos de oportunidades no fueron desperdiciados. Por ello, Itamaraty tuvo un

¹⁴ Discurso del Ministro de Relaciones Exteriores, Embajador Luiz F. Lampreia, en ocasión del almuerzo que le ofrecen los embajadores africanos acreditados en el gobierno brasileño, Brasilia, 2 de mayo de 1996 (<http://www.mre.gov.br/sci/Africa1.htm>).

¹⁵ Lampreia, Luiz F., “Uma diplomacia afirmativa na África”, en *Correio Brazileense*, 11 de mayo de 1996

período donde intentó privilegiar la aproximación política, a partir de la propuesta de un tratado de desnuclearización y de protección del medio ambiente del Atlántico Sur, dentro de la ZPCAS, como manera creativa y útil de mantener a África en su agenda de política exterior.

Brasil y Africa Austral

Sudáfrica: una parceria (asociación) estratégica

Angola: un socio no despreciable

Como se mencionara anteriormente, la mirada brasileña al África estuvo dirigida principalmente a *Sudáfrica* y a las posibilidades crecientes de una asociación mutuamente beneficiosa, lo que se sustenta en las visitas mutuas, convenios firmados y el crecimiento del comercio bilateral. En efecto, el interés brasileño en el estrechamiento de las relaciones con Sudáfrica partía de una estrategia que apuntaba a multiplicar los acuerdos comerciales del país, con expectativas mutuas en la firma de un acuerdo comercial.

El primer paso lo dio el Ministro de Relaciones Exteriores Lampreia, quien visitó Sudáfrica en 1995 en un viaje exploratorio para avanzar en la concreción de una misión diplomática presidida por el presidente Cardoso. La misma se realizó entre el 26 y el 28 de noviembre de 1996 y fue presentada como la oportunidad para que Brasil tenga una nueva base en el continente para alcanzar todo el África Austral. El presidente fue acompañado por los ministros de Relaciones Exteriores, Minas y Energía, Justicia, Ejército, Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, el Secretario de Asuntos Estratégicos, la presidente de la Fundación Palmares, y una comitiva de 70 empresarios, quienes participaron de seminarios, discusiones y reuniones con industriales sudafricanos. La agenda incluyó la firma de ocho acuerdos bilaterales: visas, combate al narcotráfico, servicios aéreos, cooperación cultural, cooperación técnica, transporte marítimo, tributación y protección de inversiones.

Al año siguiente los sudafricanos correspondieron con la visita del Ministro de Industria y Comercio, Alec Erwin, y del vicepresidente Mbeki. Asimismo, durante 1998 se produjo la visita de tres días (20 al 23 de julio) del entonces presidente Mandela, quien colocó la placa fundacional del Centro Nacional Brasileño para Información y Referencia sobre la Cultura Negra (CNIRCN). Mandela se refirió a la asociación natural entre los dos países y sus roles en las respectivas regiones, las visiones comunes en cuestiones de comercio internacional, la reestructuración de Naciones Unidas y la coope-

ración sur-sur naciente (Roelofse-Campbell, 1999a: 27). Por su parte, Cardoso habló del importante rol de ambos países en el continente, como: "... actores de peso reconocido en el escenario mundial con las mejores credenciales para asumir mayores responsabilidades en los asuntos internacionales. Pero esas credenciales serían mayores si estuviéramos unidos por una asociación amplia y profunda y si, cada vez más, dialogáramos sobre temas de la agenda internacional"¹⁶. En esa oportunidad se firmó un *Memorandum* de Entendimiento —el cual estableció un *forum* de consulta y diálogo entre los dos países—, quedando a discusión 10 acuerdos en áreas como medio ambiente, ciencia y tecnología, justicia y cooperación técnica.

En 1999 continuaron los intercambios político-diplomáticos. Esta vez le correspondió al Embajador Ivan Cannabrava, Subsecretario General de Asuntos Políticos de Itamaraty, quien se refirió a las grandes afinidades entre los dos países. Para Cannabrava "Es evidente que nuestros países son los pilares de nuestras respectivas regiones. Pero las relaciones bilaterales serán el eje principal y existen áreas fundamentales donde podemos cooperar. Por ejemplo, tenemos una aspiración común para terminar con el armamento nuclear. Brasil y Sudáfrica están ya intercambiando ideas y discutiendo importantes cuestiones referidas a la revisión del TNPN" (Roelofse-Campbell, 1999b: 48-51). Al amplio espectro de posibilidades para una gran asociación se sumó el hecho que el Ministerio de Asuntos Extranjeros de Sudáfrica identificó a Brasil como uno de sus 12 socios estratégicos —el único en América Latina.

El 10 de mayo de 1999, en el South African Department of Foreign Affairs se discutió sobre desarme (Brasil y Sudáfrica consideran el TNPN discriminatorio, pero participan de él para tener más influencia) y cuestiones medioambientales (Sudáfrica y Brasil comparten una iniciativa conjunta propuesta por Alemania junto a Singapur sobre cuestiones ambientales); también se discutió sobre un proyecto de acceso al agua potable para poblaciones urbanas, sobre cómo prevenir la polución urbana, sobre megaciudades, y sobre el acceso a los recursos de la biodiversidad y fitogenéticos. Se acordó que el paraguas de la cooperación sería el Ministerio de Relaciones Exteriores de cada país, con un sistema de trabajo que garantice la continuidad de todos los proyectos: habrá reuniones intersectoriales y grupos de trabajo de acuerdo a esta iniciativa sudafricana para el *follow up*.

Finalmente, cabe mencionar el reciente viaje a Sudáfrica (del 29 de febrero al 3 de marzo de 2000) del ministro Lampreia con la idea de

¹⁶ Discurso del Señor Presidente de la República en el almuerzo que ofrece en ocasión de la visita a Brasil del presidente de Sudáfrica, Nelson Mandela, Palácio da Alvorada, 21 de julio de 1998, en <http://www.mre.gov.br/sci/mandela2.htm>.

avanzar en la negociación de un acuerdo MERCOSUR-SADC. Esta no es una idea nueva sino que viene siendo planteada por ambas partes —en discursos oficiales y reuniones— desde los inicios del nuevo diálogo Brasil-Sudáfrica, y discutida en seminarios con académicos y empresarios tanto en Brasil como en Sudáfrica e incluso en la Argentina. Según el Director General del Departamento de África y Oriente Próximo de Itamaraty (Pimentel, 2000: 12): “... las negociaciones prevén la participación de los socios del MERCOSUR, para evitar perforaciones en la tarifa externa común”. La intención es conducir el tema en tres etapas: un acuerdo marco, que definirá cronogramas y criterios de negociación de un posterior acuerdo de preferencias tarifarias fijas (2 años) para concluir con la firma de un acuerdo de libre comercio.

Aunque Itamaraty no descartó que el resto del MERCOSUR pudiera ser incluido en las negociaciones, el objetivo de la misión fue identificar áreas de interés comercial e iniciar las primeras negociaciones para el establecimiento de un acuerdo de libre comercio entre los dos países. En el marco de estas reuniones se firmó el 1 de marzo un Acuerdo Básico de Cooperación Técnica entre Brasil y Sudáfrica.

Con respecto a Angola, la segunda prioridad en África Austral, Brasil envió el 24 de agosto de 1995 fuerzas militares a ese país con dos objetivos: ayudar a mantener la paz y mejorar la imagen de Brasil en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Las tareas fueron varias: un grupo se ocuparía de construir una ruta entre Luanda y Ulige y el otro desactivaría minas. Sin embargo, la importancia de Angola para Brasil no sólo se explicitó con el envío de las misiones de paz sino, además, con la visita del presidente Cardoso a Luanda en 1996 y la visita del ministro Lampreia en mayo de 1999. La Directora de la División África II de Itamaraty, Irene Vida Gala, expresaba así la importancia de Angola: “Brasil quiere mantener a Angola en la agenda internacional; la recomendación del presidente Cardoso es que Angola es un socio prioritario y que tenemos que continuar empeñados en la pacificación del país”¹⁷. En realidad, se están priorizando y defendiendo los intereses económicos de empresas públicas y privadas brasileñas que tienen 1,2 mil millones de dólares invertidos en Angola. Entre éstas las principales son: PetroBras, Odebrecht y Furnas Centrais Elétricas, con negocios en comercialización de petróleo, sistemas de transmisión de energía de la presa hidroeléctrica de Capanda, obras de infraestructura, de saneamiento básico y habitacionales.

¹⁷ “Lampreia em Luanda pedirá paz”, en *Jornal do Brasil*, 29 de mayo de 1999

Consideraciones finales

Durante la década del noventa, la tradicional política africana de Brasil —con su punto más alto a mediados de la década del setenta— sufrió modificaciones al compás de los nuevos diseños y estrategias de inserción internacional de Brasil. Si bien persiste una cierta política africana, ésta es muy selectiva, priorizando las necesidades económico-comerciales y respaldándose en un discurso culturalista.

En este escenario de selectividad con el continente africano, Brasil y Sudáfrica han planteado avanzar en la relación bilateral jugando un rol dinamizador de las relaciones transatlánticas. La diplomacia brasileña, reconociendo su rol de *global trader*, está buscando nuevas áreas de inserción internacional y, en esto, Sudáfrica y los países de la región austral ofrecen una importante gama de oportunidades para dar un nuevo ímpetu a la ofensiva brasileña al África.

La diferencia radica en que ahora el acercamiento es selectivo; se priorizan las variables económicas y se involucra a sectores privados internos, demandando mayor compromiso y participación. Sin embargo, las condiciones para avanzar en el desarrollo de relaciones económicas transatlánticas están cada vez más influidas por el creciente proceso de globalización de la economía mundial, y por el rol cada vez mayor de las empresas multinacionales que organizan sus inversiones en función de las directrices de su casa matriz y teniendo en cuenta —entre otras cuestiones— las dimensiones del mercado. En este contexto, en los aspectos comerciales los empresarios brasileños deberán enfrentar, entre otros, problemas derivados de la participación de las empresas multinacionales en áreas de la producción y comercialización que controlan y donde no pueden competir; la fuerte incidencia de las *trading* con centrales en Europa, que subsidian indirectamente la venta de sus excedentes en el mercado interno a los países africanos; la falta de experiencia de los exportadores; y el desconocimiento de las particularidades africanas. Por su parte, desde la perspectiva africana constituyen problemas, entre otros, la dimensión pequeña de los mercados, la no convertibilidad de sus monedas, la existencia de una importante economía informal y las dificultades en sus balanzas de pago.

Sin embargo, a pesar de este escenario complejo y de alguna manera pesimista, Brasil insiste en incrementar las relaciones con Sudáfrica planteando la posibilidad de colocarla bajo el paraguas del MERCOSUR. Esta iniciativa, ¿implicará la coordinación de acciones conjuntas con Argentina hacia el África Austral? Desde la perspectiva política y teniendo en cuenta la

escasez de recursos, Brasil y Argentina podrían desarrollar una “política de gestos” –particularmente en los ámbitos multilaterales, donde existen más coincidencias que las que aparecen en la superficie– que sería muy apreciada por los países africanos, buscando y brindando apoyos en cuestiones de interés común. Desde el punto de vista comercial, si se concretan las iniciativas para arribar a una coordinación de la promoción comercial entre los socios del MERCOSUR se haría más viable la cooperación Brasil-Argentina en sus relaciones con el África Austral. La idea es que si estos dos socios del MERCOSUR comienzan a desarrollar acciones conjuntas en áreas de prioridad secundaria, este ejercicio podría ir generando una práctica que podría tener un efecto derrame (*spill over*) positivo sobre otras áreas más centrales. De hecho, luego de la cumbre de Florianópolis, en diciembre de 2000 se firmó una carta de intención para establecer, en el futuro, un área de libre comercio entre el MERCOSUR y Sudáfrica. Sin embargo, la tibieza argentina podría ocultar temores sobre una probable competencia sudafricana en el mercado brasileño.

Por el momento, el proyecto brasileño de una posible asociación MERCOSUR-SADC (Comunidad del Desarrollo del África Austral) quedó congelado, habida cuenta de los inconvenientes para avanzar en el proceso de integración de estos países africanos. En efecto, problemas económicos y, principalmente, políticos internos en Angola, Zimbabwe y la República Democrática del Congo han generado, como es sabido, un juego de alianzas que enfrenta a los estados de la SADC, tornando el proceso momentáneamente invariable.

Volviendo a la relación MERCOSUR-Sudáfrica, en los hechos es mucha la distancia entre Brasil y Argentina en sus relaciones con Pretoria. Quedaría por discutir si existe la voluntad política para coordinar acciones y avanzar en la cooperación conjunta. Argentina, ¿estaría dispuesta a unirse a Brasil como socio en estas iniciativas? Y Brasil, ¿estaría dispuesto a darle el espacio? Esto dependerá en gran medida de la combinación de decisiones políticas y de las presiones de los sectores económicos privados, como así también de la habilidad para encontrar áreas complementarias o asociarse en las competitivas para buscar una inserción competitiva común. Probablemente, deberá aplicarse un sistema de negociación caso por caso que hará mucho más lenta la concreción de los acuerdos. Pero como existe escasa tradición en el desarrollo de políticas y acciones de concertación, se debería avanzar en la implementación de una práctica –necesaria y mutuamente provechosa pues incrementaría el poder de negociación de ambos estados–, combinando universalidad de intereses con modestos recursos.

Bibliografía

- Altemani De Oliveira, Henrique, (1987) *Política Externa Brasileira e Relações Comerciais Brasil-África*, Tesis de Doctorado, Sao Paulo, USP.
- Mourao, Fernando y Altemani De Oliveira, Henrique, (2000) "Política africana no Brasil", mimeo.
- Pimentel, José Vicente, (2000) "Relações entre o Brasil e a África Subsahariana", en *Revista Brasileira de Política Internacional*, Año 3, N° 1, págs. 5-23.
- Roelofse-Campbell, Zélia, (1999a) "President Mandela Strengthens relations: State visit to Brazil and Argentina, and address to the MERCOSUR summit at Ushuahia", en *UNISA Latin American Report*, Vol. 15, N° 1.
- Roelofse-Campbell, Zélia, (1999b) "Consolidating ties between Brasil and South Africa: an interview with Ivan Cannabrava", en *UNISA Latin American Report*, Vol. 15, N° 2.
- Sombra Saraiva, José Flávio, (1996) *O lugar de África. A dimensao Atlântica da Política Externa Brasileira (de 1946 a nossos dias)*, Editora UNB, Brasília.

Resumen

La intención de este trabajo es reflexionar sobre las relaciones de Brasil con los estados africanos —con especial referencia a la región del África Austral y, en particular, Sudáfrica— durante la década del noventa. El propósito es mostrar el descenso del perfil de la política africana de Brasil y cómo, en función de las variaciones en las prioridades de la políti-

ca exterior brasileña y los cambios en la situación africana, se pasa de una "política africana general" a un "africanismo selectivo". El llamado "afropesimismo" se extendió así tanto en la diplomacia brasileña como en los hombres de negocios llevando a opciones muy selectivas en el continente africano.

Palabras clave

Brasil - política exterior - África - "africanismo selectivo" - Mercosur